



Matti Rönkä

El hombre con cara  
de asesino

«Kornostajev tiene cara de asesino», le decían en sus tiempos en el ejército soviético. Hoy su nombre es Víctor Kärppä, pero la cara sigue siendo la misma. Vive en los límites de la ley y de dos mundos, realiza pequeñas tareas para la mafia rusa en Helsinki y resuelve algunos casos de investigación privada, como encontrar a Sirje, la esposa desaparecida de Aarne Larsson. Ninguna señal, hasta que Sirje revela ser la hermana del traficante estonio Jaak Lillepuu, el terror del mar Báltico. El pasado soviético vuelve con un recado que lleva la firma de un agente de la KGB y que puede implicar también a Marja, la estudiante inconformista de la que Kärppä se está enamorando.

## Nota introductoria

En Rusia —más tarde en la Unión Soviética y hoy de nuevo en Rusia— siempre han vivido finlandeses y gente relacionada con ellos, ya sea por familia o por el idioma.

Los carelianos son una nación que puebla ciertas zonas de la frontera Este de Finlandia. Tras la Guerra Civil finlandesa de 1918, muchos de los que lucharon en el bando perdedor —es decir, en el bando rojo— escaparon a Rusia. Durante la Depresión de los años veinte y treinta, miles de finlandeses emigraron a la Unión Soviética llenos de esperanza e ilusiones, con la idea de construir el paraíso de los trabajadores. Gran parte de ellos procedía de los Estados Unidos y Canadá, donde como inmigrantes habían tenido que sufrir la decepción que supuso la Gran Depresión.

A Ingria le pertenece una estrecha franja que se halla situada en las inmediaciones de la ciudad de San Petersburgo, al noreste, y que llega hasta el Golfo de Finlandia. Los primeros asentamientos finlandeses en la zona datan de los siglos XVI y XVII, cuando el Reino de Suecia intenta afianzar su poder y el de la Iglesia Luterana en dirección al este. Ingria llega a tener doscientos mil habitantes que hablan finés, cantan canciones finlandesas, acuden a las iglesias luteranas y llevan a cabo sus quehaceres cotidianos de forma diferente a la finlandesa.

Ya en tiempos de la Unión Soviética, y al igual que el resto de las minorías, los finlandeses ingrios pasaron por grandes aprietos. Durante las purgas de Stalin fueron desterrados a los campos de trabajo, las familias fueron des-

membradas y la población fue deportada a los confines de Rusia.

La Segunda Guerra Mundial añadió otro amargo capítulo a su historia, cuando Alemania ocupó Ingria durante la llamada Guerra de Continuación (1941-1944) y sus habitantes fueron trasladados a Finlandia. Los ingrios trabajaron en granjas y fábricas, tuvieron lugar numerosos matrimonios con finlandeses, los huérfanos que quedaron fueron adoptados... Los soldados ingrios que eran hechos prisioneros estaban obligados a incorporarse a las filas del ejército finlandés —en un batallón especial, el *Heimopataljoona* o «batallón hermano»— y se les prometió que tendrían un futuro en la Gran Finlandia cuando la guerra acabase.

Pero Finlandia salió vencida y las condiciones de paz fueron muy crueles. Todos los ciudadanos soviéticos tuvieron que ser devueltos sin demora alguna a la Unión Soviética. Así, cerca de sesenta mil ingrios fueron hacinados en vagones de tren y transportados al otro lado de la frontera, entre ellos decenas de niños que habían sido adoptados por familias finlandesas. Algunos consiguieron quedarse gracias a documentos de identidad falsos, o huyeron directamente a Suecia.

En la Unión Soviética, a los ingrios les esperaba un trato inclemente. Fueron diseminados a lo largo y ancho de la gran nación, pero retornaron paulatinamente a su tierra o se establecieron lo más cerca posible de ella, muchos en la Carelia Rusa, mientras que otros lo hacían en Estonia, e incluso en Ingria.

Al hundirse la Unión Soviética, el entonces presidente de Finlandia, Mauno Koivisto, anunció en 1990 que los finlandeses ingrios tenían derecho a retornar a la madre patria y obtener la nacionalidad.

Unos treinta mil aprovecharon la ocasión que se les brindaba, a pesar de que muchos de ellos ya no tenían vínculo alguno con la Finlandia del momento, ni siquiera el idioma. Tras el entusiasmo inicial, tanto Finlandia como los retorna-

dos tuvieron que enfrentarse a grandes problemas como el desempleo, la discriminación, la desconfianza mutua y la añoranza.

El protagonista de este libro, Víktor Gornostáyev, nace y se cría en la Unión Soviética. Es ingrio por parte de padre y finlandés por parte de madre, ya que la familia de ésta escapó a la Unión Soviética tras la Guerra Civil finlandesa de 1918. Víktor se instala en Finlandia y cambia su apellido Gornostáyev —«armiño»— a su original en lengua finlandesa, Kärppä.

MATTI RÖNKÄ

Carelia está dividida en la actualidad entre Finlandia y Rusia. La parte finlandesa forma las regiones de Carelia septentrional y Carelia meridional. La República de Carelia, ex-república autónoma soviética, es, desde 1991, república autónoma de la Federación Rusa, mientras que el istmo careliano pertenece al *oblast* de Leningrado.

## Pakila, Helsinki

La mujer dijo su nombre frente al espejo: «Sirje». Al hacerlo, exageró el movimiento de los labios, como si estuviese hablando con un sordo. Se puso un poco más de carmín y siguió con su gimnasia facial, abriendo y cerrando la boca.

Era morena, podría decirse que casi bella. Al verla, los hombres no sabían de entrada si se trataba de una chica o de una mujer, aunque ya estaba más bien en edad de que le gustasen las revistas de decoración.

Sirje empezó a peinarse la media melena lisa —aunque no le hubiese hecho falta— y no quedó satisfecha hasta no haberse pasado el cepillo las cien veces de rigor. Después se cubrió la cabeza con un pañuelo verde de lana fina. Se abrochó hasta arriba los botones de la chaqueta, balanceándose en el sitio, apoyando primero la punta de las botas y después el tacón. Absorta en sus pensamientos, jugueteó con el cierre del bolso, abriéndolo y cerrándolo, como llevando el compás del balanceo.

Después suspiró dulcemente, sin quejarse. Se puso los guantes de piel presionando suavemente entre los dedos para ajustárselos y salió. Desde la puerta se volvió para mirarse una vez más en el espejo, sin fijar la vista en ningún otro punto de la entrada ni de la casa, con la que ya se había familiarizado. No aspiró los olores para llevárselos consigo, ni aguzó el oído intentando distinguir el grave tictac del reloj de pie de la sala, o el zumbido sordo de los electrodomésticos en la cocina.

No. Sólo le sonrió al espejo, con la boca un tanto ladeada, como si pensara en un chiste o en algún pequeño secreto que la hiciera sentirse bien. Cerró la puerta con cuidado y echó la llave. Sintió el contraste entre el aire de la casa, seco por la calefacción central, y el aire frío y húmedo que la mordió al salir. Atravesó el patio en dirección a la calle, la nieve crujiendo bajo sus botas.



## Kesälahti

El trabajo de Jura era fácil. Tenía que vigilar, sólo vigilar. Era lo que Karpov le había ordenado, y él había prometido hacerlo. Era tal la simpleza del encargo, que hasta un tipo como Jura hubiera preferido hacer algo más difícil.

Su lugar de trabajo era una caseta de obra que hacía las veces de oficina dentro de una nave industrial, donde tenía que pasarse el día sentado, bebiendo té de un termo y alimentándose de pan con carne de lata y chocolate.

Y podía fumar lo que quisiera, mientras no incendiara todo el edificio. Si algo sobraba era el tabaco, le había dicho Karpov en tono socarrón. Era un jefe raro. A veces co-torreaba sin parar y bromeaba en finés, idioma que Jura no comprendía, o contaba chistes incomprensibles en ruso, riéndose demasiado y de una forma extraña. Además, cómo iba a arder la nave, si era puro acero y hormigón.

—Jura, si pasa algo, me llamas por teléfono, pero tú no dejes de vigilar. Vigila todo el tiempo, día y noche, y por las tardes también.

Karpov le había machacado sobre lo mismo una y otra vez, hasta que Jura empezó ya a hartarse:

—Vaale, vaale, que sí, que sí...

Por supuesto, se durmió, y cuando el aire glacial que se había colado dentro lo despertó, se dio cuenta de que las cosas se habían torcido, y bastante.

Las puertas de la nave estaban abiertas, eso lo pudo deducir a pesar de la lentitud con que fluía su pensamiento, agarrotado como la caja de cambios de un camión forzada a ponerse en marcha en medio de una ventisca, piñón a pi-

ñón de su engranaje, batiendo desesperada por devolverle la fluidez al aceite helado. ¿El aceite era una sustancia amorfa? A Jura lo sorprendió aquel pensamiento, uno de los últimos de su vida. Ni siquiera sabía que conocía semejante palabra.

Jura no había soñado de pequeño con ser astronauta ni maestro, ni siquiera conductor de trenes, o con tener una carrera criminal sembrada de éxitos. Los demás siempre eran un poco más rápidos, un poco más fuertes, un poco más listos. Jura lo sabía bien. A él le bastaba con tener el estómago lleno y poder emborracharse con regularidad, echar algún que otro polvo y poder pasar la noche en un cuarto medianamente caliente, echado sobre algo que se asemejara a una cama. Gracias a Karpov —era un tipo bastante legal— no le había faltado el trabajo, y Jura tampoco era hombre de grandes aspiraciones.

Eso sí, siempre había pensado que viviría más de veintiséis años, pero la cosa tenía mala pinta en ese momento, muy mala pinta... A un metro de distancia había un tipo grande que llevaba un gorro e iba vestido con un chándal de Adidas. Tenía el brazo extendido hacia él y, en la mano, a unos cincuenta centímetros de su cabeza, sostenía una pistola negra.

## Tallin

La habitación era limpia y espaciosa, con una buena iluminación, aunque en principio su función había sido la de almacén o taller. Las paredes habían sido emplastecidas y lijadas antes de pintarlas de blanco y las estanterías grises tenían la solidez adecuada, como adecuada era también la inclinación del impoluto suelo de cemento hacia los sumideros.

Alrededor de las mesas de melamina trabajaban cinco hombres y una mujer con batas blancas. Pesaban un polvo blanco y lo introducían en bolsas de plástico que luego sellaban y envolvían en papel de aluminio. El suyo era un trabajo en cadena, fase por fase, silencioso y eficaz.

En el centro de la habitación había un hombre dando instrucciones y órdenes sin cesar, cuyo porte resultaba excesivamente erguido.

—Venga, tíos. Las cajas de los móviles os las lleváis para allá. Cuidado con ese paquete, no está bien cerrado y ¡jojo con el polvo, joder!

No era joven, ni muy alto, y aunque su voz carecía de dureza, se notaba que estaba acostumbrado a mandar y que lo hacía con ganas.

Sus trabajadores le obedecían gustosos. Sabían que el jefe tenía una mente lúcida y que era inteligente, e incluso astuto. Había sido hasta el momento un tipo de fiar, cosa rara teniendo en cuenta la profesión. Eran muchos los que se quedaban con parte de la mercancía, traicionando a sus compañeros, muchos los que alocadamente corrían riesgos

demasiado grandes, o sucumbían y acababan enganchados a la droga con la que traficaban.

El jefe, no. El jefe había traficado con todo: mujeres, cobre y chatarra procedentes de robos, armas, pasaportes y hasta visados. Pero se trataba exclusivamente de un negocio —en eso él hacía siempre especial hincapié— y la mercancía sólo servía para ser vendida. Eso sí, la esposa, las pistolas y los documentos de cada cual eran de uso exclusivo. Nunca había probado las drogas: es más, ni siquiera le interesaban.

Para él, robar dinero o cosas de necesidad era algo que tenía su justificación. Pero trapichear con fulanas que le daban al látigo, con hormonas que hinchaban músculos o drogas que nublaban la mente... Eso no le gustaba demasiado. A pesar de ello, el dinero entraba a espuertas, nada que ver con lo que se sacaba de los pequeños robos.

Transporte, empaquetado, almacenamiento... Toda la logística —de Afganistán a Rusia y desde allí a Tallin y luego a Finlandia— formaba una cadena cuyos engranajes funcionaban a la perfección y sin chirriar. Y el opio de los campos de amapolas se convertía en heroína limpia y de buena calidad. Aquel hombre, pequeño y firme, estaba orgulloso de su empresa.

## Sortavala

Anna Gornostáyeva metió un dedo en la tierra de la maceta para comprobar si estaba seca.

—Sí, tengo que regar el geranio —dijo en voz baja. De repente se dio cuenta de que estaba hablando sola—: A callar, que la boca es sólo para comer —bufó. Sus únicos testigos eran las flores y las fotografías, porque en la vieja casa no había gato ni perro y, por suerte, tampoco ratones.

Arregló las cortinas y pasó la mano por los tapetes bordados, que no tenían ni una arruga, dándole vueltas a la posibilidad de sacudir las alfombras, aunque sabía que no habría ni una mota de polvo. «De todas formas tengo que limpiar», pensó Anna Gornostáyeva, «la vida debe tener una rutina que obligue a mantener el ritmo».

Sacó agua caliente de un gran caldero que siempre estaba sobre el fogón de la cocina y, mezclándola con un poco de agua fría del barril para templarla, mojó en ella una vieja toalla de lino —relegada ya a la categoría de trapo— con la que se puso a limpiar el polvo inexistente de las fotografías del dormitorio.

—Niilo, Nikolai, mi Kolya —dijo dulcemente, mirando la foto de su marido—. ¿Por qué vienes a mis sueños? Mantente alejado de ellos —lo riñó con cariño, colocándolo de nuevo sobre la cómoda.

El hombre de la foto tenía la nariz recta y un rostro limpio, a pesar de que el retrato no había sido retocado. Y sus ojos —ésos sí los recordaba Annuska, antes que nada y sin necesidad de mirar la foto—, sus ojos tenían la expresión inocente de las fieras del bosque.

Los mismos ojos pesados que aparecían en las fotografías de sus hijos, también tomadas durante el servicio militar. El brillo de las viseras y la rigidez de las telas de los uniformes se repetían por igual en las diferentes décadas. Medallas y condecoraciones lucían en las solapas —el padre era el que más tenía— y en las estrellas que las adornaban se distinguía claramente el rojo, profundo y solemne, a pesar de que las fotos eran en blanco y negro.

Anna Gornostáyeva no se quejaba. A su edad estaba acostumbrada a vivir sola. Incluso le gustaba, a pesar de los extraños dolores en el pecho o los mareos que de vez en cuando la pillaban desprevenida, causándole algún que otro sobresalto. Se sentía rara y agitada, sin saber por qué.

Eran los chicos los que normalmente la llamaban y se preocupaban por ella. «No cortes leña tú sola, no te subas a la escalera, pero, mujer, por qué no calientas la casa con la estufa eléctrica...». La guiaban y le daban consejos como a una niña, a ella, que era su madre. Lo hacían con la mejor intención, pero era incapaz de tomárselos en serio. Ella, una mujer en su sano juicio, que había vivido la guerra y todo lo que había venido después. Annuska sonrió.

«No les habrá pasado nada malo a los chicos», pensó con preocupación. A Alekséi debían de irle bien las cosas, allá en Moscú, porque tenía una buena esposa, un buen trabajo y el chico ya era mayor. Víktor, por su parte, estaba acostumbrado a arreglárselas por sí solo desde pequeño. Claro que Finlandia era un país extraño, pero Víktor se empeñó en que quería irse y lo consiguió. Y siempre le aseguraba que todo estaba bien.

«No te preocupes por nada», se decía a sí misma. «De nada sirve preocuparse en primavera por las lluvias del otoño, y si la leche se derrama por el suelo, ya dará más la vaca mañana...». Los refranes empezaron a sucederse uno tras otro en su cabeza, hasta que decidió cortar por lo sano.

—Deja ya de pensar en tonterías, vieja chocha —dijo en voz alta.

Se puso a quitarle el polvo a los trofeos de Víktor: pequeñas copas brillantes, cucharas y medallas redondas, con sus cintas de colores. Ya le estaba doliendo otra vez el brazo izquierdo. «Habré dormido en mala postura, o será que otra vez me he puesto en la corriente», pensó Anna Gornostáyeva.